

# El primer caso de Unamuno

Luis García Jambrina

## Prólogo

Alguien dijo que el ser humano más seguro que hay sobre la faz de la tierra es aquel que a la caída de la tarde cabalga lentamente sobre un burro. Al alfarero Julio Collado, sin embargo, no le gustaba andar a esas horas por los caminos, pues les tenía mucho miedo a las alimañas y a los aparecidos; en realidad, más a estos que a aquellas. Ese día calculó mal el tiempo que le iba a llevar la vuelta a casa, y la oscuridad lo alcanzó cuando aún le faltaba más de una legua para llegar a su pueblo. De modo que no paraba de agujonear a su asno para que fuera más raudo. Por desgracia, el animal iba muy cargado y bastaba que su amo lo pinchara para que él se resistiera todavía más a apresurarse. Y, cuanto más tozudo se ponía, más terco se volvía su dueño, que se negaba a dar su brazo a torcer. Al final, el hombre dejó de agujarlo y optó por apearse y tirar de las riendas para ver si el rucio se mostraba algo menos renuente, pero ni por esas. Así que al pobre alciller no le quedó más remedio que permitirle que marchara a su paso, lento y calmado, como si se recreara en ello.

A esas alturas, a pesar de que el cielo estaba completamente despejado y había salido la luna, la noche ya les había caído encima como un manto negro, por lo que Julio Collado cada vez estaba más inquieto. A lo lejos se oía ladrar a los perros, que a él le parecían lobos hambrientos, y cantar a los búhos, que se le antojaban espíritus de mal agüero, y cada sombra que se agitaba le recordaba a un fantasma. También creyó ver una luz intensa rasgar la oscuridad como un

relámpago sin trueno. Estaba ya a tiro de piedra de las primeras casas del pueblo cuando descubrió un bulto negro a los pies de una encina, cerca del borde del sendero. Se aproximó a él con gran sigilo y observó que se trataba de un hombre con la espalda recostada contra el tronco del árbol, en una posición extraña. Al ver que no se movía, lo tocó con la punta de la aguijada para intentar reanimarlo, no fuera a ser que solo estuviese dormido. Pero nada.

—¿Está usted bien? —le preguntó con voz queda.

Como no respondía, se inclinó para comprobar si el corazón le latía. De repente creyó reconocerlo y dio un respingo. Al retirar la mano, advirtió que estaba manchada de sangre, y eso terminó de alarmarlo. Tras fijarse mejor, cayó en la cuenta de que el hombre estaba muerto y tenía todo el cuerpo lleno de heridas; lo habían apuñalado a conciencia y con saña. El alfarero, aterrado, salió corriendo en dirección al pueblo, sin encomendarse a Dios ni al diablo, y el burro se quedó atrás, olisqueando el cadáver, como si con ello quisiera decirle a su amo: «Cuanto más deprisa huyas de la muerte, más rápido te acercarás a ella».

I

Salamanca, sábado 9 de diciembre de 1905

La levítica ciudad dormía el sueño de los justos. Nada ni nadie parecía turbar su paz de cementerio, su bendita modorra provinciana. Mientras todo mudaba y se agitaba a su alrededor, Salamanca se había quedado varada en el tiempo, presa de la nostalgia de sus viejas hazañas y sus glorias de oropel; hasta su universidad seguía sumida en una cierta decadencia. Como todos los días, don Miguel se había levantado muy temprano, antes del alba, y, tras un frugal desayuno, se había puesto a trabajar en su estudio. Después de dejar

postergada su novela *La tía*, llevaba ya un tiempo intentando escribir un ensayo de carácter espiritual que había bautizado provisionalmente con el título, un tanto vago y pretencioso, de *Tratado del amor de Dios*. A diferencia de otros libros suyos, la gestación de este iba a ser larga y complicada, dado que en él se adentraba en los recovecos más profundos de su alma, y eso entrañaba muchos riesgos y dificultades.

Según había constatado, el mundo había cambiado mucho desde finales del siglo anterior; se estaba volviendo cada vez más incierto, inseguro e inestable. De ahí que ya no hubiera verdades absolutas; el concepto mismo de verdad estaba en tela de juicio, como lo estaban el de realidad, el de identidad, el de Dios y tantos otros. Por otro lado, la ciencia y el positivismo se habían revelado como instrumentos muy poco adecuados para desentrañar el sentido del universo y de la existencia. Y esto había dado lugar a una tremenda crisis que afectaba a todos los órdenes de la vida y del conocimiento y se extendía por todo Occidente.

En España, la inestabilidad política de la Restauración, agravada por la pérdida de las últimas colonias de ultramar, no era, pues, más que la manifestación de algo mucho más profundo y radical, algo que la hermanaba con el resto de Europa; de modo que el tan manido «problema español» era solo una forma de experimentar el «mal del siglo» y el vacío de un mundo cada vez más caótico y desencantado. Todo esto, como es lógico, llevaba años incubándose, pero las radicales transformaciones provocadas por los grandes avances científicos de las últimas décadas lo habían acelerado.

En su ensayo, Unamuno quería dar cuenta de su manera particular de enfrentarse a esa crisis, que él había sufrido con crudeza y en carne propia unos años antes, así como a aquellas cuestiones que más lo

obsesionaban: la fe, el amor, el cristianismo y, por supuesto, el hambre de inmortalidad o el deseo de permanencia y de infinitud. No se trataba, pues, de exponer sus ideas ni menos aún de defender sus creencias, ya que él ni creía ni tampoco dejaba de creer, sino de combatir los dogmas y lanzarse a la intemperie y a la aventura, sin ningún plan preconcebido, desde la duda y la incertidumbre, lo que a buen seguro iba a provocar el rechazo de los biempensantes y de las jerarquías eclesiásticas, algo a lo que ya estaba muy acostumbrado.

Desde que don Miguel llegara a la ciudad unos quince años atrás, el obispo de la diócesis, el célebre padre Cámara —aficionado a las excomuniones, azote de ateos y liberales y dueño y señor de la prensa salmantina—, se había convertido en su particular bestia negra, en su enemigo más hostil. Desde su púlpito, no había cesado de atacarlo con sus homilías, cartas pastorales y artículos de opinión publicados en el diario ultracatólico y conservador El Lábaro, tildándolo de protestante y racionalista, cuando no de hereje, panteísta y anarquista, algo que a Unamuno no solo no lo molestaba, sino que lo complacía y lo estimulaba a seguir su camino. «Las religiones viven de herejías», solía decir. En los últimos años, incluso, el obispo había intentado con todas sus fuerzas que el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes lo cesara como rector, y a punto había estado de conseguirlo varias veces. Pero tras la muerte del padre Cámara, hacía algo más de un año, Unamuno se había quedado huérfano de contrincantes. Detractores, desde luego, no le faltaban; sin embargo, no había ninguno que estuviera mínimamente a su altura. Y él era uno de esos pensadores que necesitan rivales a los que enfrentarse e ideas y falacias contra las que combatir.

Sus enemigos eran los que lo hacían crecerse y dar lo mejor de sí, y, ahora que no los tenía a la...